

á visperas, y en las mayores solemnidades los acompañaba tambien á todos los officios de la catedral.

En quanto al arreglo de su mesa practicó escrupulosamente lo que disponen los concilios acerca de la frugalidad y templanza eclesiástica. Solo se ponian en ella manjares comunes, á no ser que estuviese convidada alguna persona de distincion, porque se habia propuesto evitar la singularidad en todo. Pero aun entonces cuidaba mucho de que su mesa no desdijese de la de un obispo. Los eclesiásticos ocupaban en ella el lugar preferente, ó á lo menos se les trataba con particular atencion. La mesa y la casa del obispo de Ginebra estaban á la disposicion de todos los eclesiásticos que no tenian otro recurso en la ciudad: á estos necesitados les estaba prohibido quedarse fuera del palacio episcopal. Mientras duraba la comida se leía siempre, hasta la mitad de ella, en algun libro devoto, y despues hablaban unos con otros de cosas útiles.

El órden diario que se prescribió personalmente el santo obispo era este. Se levantaba todos los dias á las cuatro de la mañana, tenia una hora de meditacion, rezaba la parte correspondiente del breviario, dirigia en la oracion á sus criados, y leía la sagrada Escritura hasta las siete. Estudiaba hasta las nueve, decia misa todos los dias indefectiblemente, y despues trataba de los asuntos de la diócesi hasta la hora de comer. Despues que se quitaba la mesa tenia una hora de conversacion, y volvía á despachar los asuntos de la diócesi hasta el anochecer. Si no bastaban

éstos para emplear el resto del dia, se dedicaba al estudio y á la oracion. Despues de cenar se leía por espacio de una hora en un libro devoto; por último, rezaban todos en comunidad, y cuando estaba recogida la familia adelantaba el prelado los maitines para el otro dia.

Persuadido á que la predicacion, como lo enseña el concilio de Trento (1), es la funcion principal de los obispos, enviados, segun San Pablo, no para bautizar, sino para predicar, esto es, encargados del ministerio de la palabra con preferencia á otro cualquiera, se impuso una obligacion estrecha y constante de predicar por sí mismo las mas veces que pudiese. La instruccion familiar de los pobres y de los niños, ó sea el catecismo, le pareció una funcion digna del episcopado, y la egercia con mucha frecuencia. Residia en su diócesi con la mayor puntualidad. Jamás le sirvió de regla el abuso en esta parte y así como otros solicitan con empeño los empleos de corte por alejarse de sus obispados, Francisco por el contrario los miraba con horror, porque le ponian en peligro de abandonar el suyo. Habiéndole elegido Cristina de Francia, Princesa del Piamonte, por su limosnero mayor, á pesar de la gran resistencia que hizo, quando otros muchos prelados no dejaban piedra por mover para conseguir aquel destino, le aceptó con la condicion de que no le habia de dispensar de la residencia. No vemos que el Santo se hubiese prescrito

(1) *Conc. Trid. Sess. 5. c. I. Cor. c. 15.*

en su método de vida, austeridades ó penitencias extraordinarias. Sin embargo, sabemos que ayunaba todos los viernes y sábados, que llevaba habitualmente un cilicio, y que á esto añadía otras maceraciones. Pero estaba muy distante de toda ostentacion en este género, porque le parecia que una esterilidad rígida no decia bien con el carácter paternal del episcopado. Por lo demás, una vida arreglada y laboriosa, siempre ocupada en el cumplimiento de sus obligaciones, siempre atenta al servicio de Dios y del prógimo, una constancia uniforme y no sostenida con el aparato y brillantéz del siglo, debe mirarse como la mortificacion mas heróica, puesto que es el verdadero sepulcro del amor propio.

No hablaré de sus limosnas, que fueron prodigiosas, y son verdaderamente incomprensibles, atendidas las rentas de su pobre obispado, que no pasaban de mil escudos. Es verdad que sus bienes patrimoniales, los que no habia querido jamás su padre que renunciase, eran mucho mas considerables, y que el alto concepto que tenian todos de su virtud movia á muchos á enviarle abundantes limosnas, fuera de que el país de Ginebra era el mas á propósito para mantenerse á poca costa; pero la regla que se habia prescrito de no dejar desconsolado á ningun pobre, de buscar á los que ocultaban su miseria, de visitarlos por sí mismo, ya estuviesen sanos ó enfermos, y siempre con la bolsa en la mano, en fin, gobernarse para su alivio por la ternura de sus entrañas mas que paternales, forma un enigma que no puede explicarse

sino por medio de aquella especie de omnipotencia á que llegan los Santos, privándose de todo lo que no les es absolutamente necesario, y valiéndose de los recursos infinitos de una caridad siempre industriosa y activa, cuando es verdaderamente generosa. En los casos imprevistos echaba mano de sus muebles, de sus vestidos y aun de su mismo oratorio. Para socorrer á un pasajero que se hallaba en necesidad estrema, entregó unas vinageras de plata. En otra ocasion mandó vender dos candeleros tambien de plata, para dar ornamentos á una parroquia muy pobre. Su indulgencia para con sus arrendadores, y generalmente en la percepcion de todos sus derechos, aun para con algunos embrollones, á quienes perdonó las costas considerables en que los habia condenado su curia, estando él ausente, fue tan grande, y sin duda alguna mas maravillosa que su caridad para con los pobres.

Emprendió la reforma total de su diócesi, visitó los parages mas remotos é incultos de ella, caminando á pie y sin provisiones por el país mas áspero y pobre de Europa, alimentándose por lo comun con pan solo, ó con legumbres groseras, y bebiendo el agua en que se deshacia la nieve. En todas partes hizo que floreciese la fe, la virtud y la piedad; restableció la regularidad en los conventos; puso en vigor la disciplina eclesiástica; instituyó conferencias arregladas para conservarla; estableció nuevas casas religiosas; fundó una congregacion de ermitaños en aquella nueva Tebaida; restituyó el orden y la edificacion á las abadías de Six, de Pui de Orbe, de Santa

Catalina y de Talloires, y llevó el pan de la palabra á muchas iglesias de Francia, donde hizo muchas conversiones ruidosas. En fin, no satisfecho con las ventajas que habia proporcionado á tantas iglesias particulares, ejecutó la grande obra que debia dar unos frutos tan abundantes á la Iglesia universal.

25. Habia ya mucho tiempo que le causaba un profundo dolor el ver que muchas mugeres aptas para la vida religiosa, eran escluidas de ella, porque su avanzada edad, sus enfermedades ó la delicadeza de su constitucion no las permitian conllevar los ayunos y las maceraciones acostumbradas en los claustros, y tenian que permanecer en medio de los tropiezos del siglo, á riesgo de su salvacion, ó á lo menos con perjuicio de la perfeccion á que podian llegar. Hallándose en Dijon, adonde habia ido á predicar la cuaresma, movido de las eficaces instancias que le hizo el parlamento de Borgoña, supo allí la tierna piedad y las eminentes virtudes de Juana Francisca Fremiot, viuda del baron de Chantal, cabeza de la casa de Rabutin. Esta era la colaboradora que le habia preparado el cielo para la grande obra que meditaba. Despues de haber sido el egeplo de las personas jóvenes de su sexo, con su piedad, con su modestia, y con la inocencia y suavidad de sus costumbres, lo fue tambien de las casadas, con el arreglo de su conducta, con el prudente gobierno de su casa, y con todas las cualidades que hacen á una muger igualmente querida y respetada de su esposo. En una palabra, ofrecia Francisca en Dijon una imágen fiel de

aquella viuda memorable, canonizada en otro tiempo en Betulia por la voz pública, antes de su muerte. Los designios que tenia el Señor acerca de ella mostráronse en la fatal equivocacion con que un pariente de su marido disparó á éste un balazo, juzgando que tiraba contra un animal montaráz. La magnanimidad cristiana con que sufrió este golpe y con que hizo los demás sacrificios consiguientes á él, la elevó al alto grado del desprendimiento con que quiere Dios que estén ornados los corazones que han de ser del todo suyos. „Dios me le habia dado (esclamó en la mayor fuerza de su afliccion): Dios me habia dado este esposo querido: Dios me le ha quitado. Sea bendito su nombre, y dignese su divina Magestad recibirme por su esposa.” Tomó al instante la resolucion de desasirse de todas las cosas mortales, hizo voto de no volver á casarse, y todo lo que desde entonces se vió en ella fue superior á la humanidad. Para no olvidar nunca su consagracion al divino Esposo, tuvo poco despues el valor de imprimir en su pecho, con un hierro hecho ascua, el nombre de Jesus. Tambien hizo voto de usar siempre vestidos de lana, y vendió todos sus adornos, distribuyendo su producto entre los pobres. Despudió algunos de sus criados, despues de haberlos recompensado, y quedóse solamente con los que eran necesarios para ella y para cuatro hijos que la quedaban. Entregóse despues toda á la educacion de sus hijos, viviendo casi siempre encerrada, y empleando el dia en la instruccion, en la oracion y en el trabajo de manos.

Tal era su estado, y nada ansiaba con mas ardor que una guia á propósito para conducirla por los caminos por donde quisiese el cielo que dirigiese sus pasos, cuando se presentó en Dijon el obispo de Ginebra. La primera vez que le vió en el púlpito, conoció por un movimiento secreto que era aquel el director que pedia al cielo. El predicador, que la observó tambien, tuvo una fuerte presuncion de que era aquella la cooperadora destinada á fundar con él un nuevo órden. Despues de esto tuvo ocasion de hablarla en casa del presidente Fremiot, padre de la piadosa viuda, y tener alguna intimidad con ella, por medio del arzobispo de Bourges, hermano de la señora y muy amigo del Santo. Advirtió en ella desde luego una alma fuerte, siempre dispuesta á hacer con prontitud los mayores sacrificios, y llena de una vivacidad extraordinaria para todo lo bueno. Pero este ardor estaba acompañado de una docilidad y de una sencillez admirable. Preguntóla el prelado en una de las primeras conversaciones, sin embargo de que nada tenia de impertinente, si para estar aseada, necesitaba todos los adornos que llevaba puestos; y bastó esto para que al punto se desprendiese de ellos. Despues de algun tiempo de direccion, progresando rápidamente en la carrera de las virtudes, y habiendo pedido ya con empeño que se la permitiese abandonar del todo el mundo para abrazar el estado religioso, la propuso si queria ser religiosa de Santa Clara, despues hermana hospitalaria de Beaune, y por último carmelita. A cada artículo consintió la generosa viuda

con tanta sumision como si no hubiese tenido voluntad propia. La sabiduria del siglo no aplaudirá sin duda alguna esta docilidad de la penitente, ni el predominio de su director; y en efecto, semejante conducta podria tener sus inconvenientes con respecto á algunas personas exaltadas con una efervescencia de devocion; pero sin hablar de la prudencia del Santo, que era el mas versado de su tiempo en la direccion de las almas, ni del gran juicio y espíritu superior de aquella á quien tenia que dirigir, la abundancia de las bendiciones celestiales derramadas sobre su empresa, y la gloria de sus nombres, colocados en los fastos de los Santos, bastan para librarlos de toda sospecha de imprudencia ó de frivolidad.

26. En fin, cuando vió el santo prelado que aquella muger fuerte estaba dispuesta á todo lo que fuese para mayor gloria de Dios, se esplicó claramente sobre el verdadero proyecto que habia formado. Fue estremado su gozo al oír al Santo, y sintió una inclinacion tan poderosa hácia el nuevo órden, cuyo bosquejo se la presentaba, que no dudó la llamaba por aquel camino el dueño de los corazones. Pero un hijo muy jóven, que era la esperanza de una casa ilustre; tres hijas, á las cuales no hacia menos falta; su padre y su suegro ancianos y enfermos, á quienes ni el bien parecer ni la naturaleza misma la permitia dejar abandonados, eran unos obstáculos insuperables, segun las ideas de la prudencia vulgar, y mucho mas segun las de la carne y la sangre.

Luego que arregló los asuntos domésticos, se

armó de todo su valor, fue á buscar al presidente, su padre, le declaró que desde la muerte de su marido sentia fuertes impulsos de dejar el mundo, á fin de vivir solo para Dios, que temia desagradarle, si resistia mas tiempo á la voluntad del cielo; que su hija mayor estaba casada, y las otras dos en una casa religiosa que era una escuela de virtud; que pues él mismo habia querido encargarse de su hijo, no podia estar en mejores manos; que por tanto su obediencia á la voz divina solo dependia de su consentimiento, y así le suplicaba encarecidamente que se le concediese. Al oír esta proposicion el buen anciano, quedó atónito y penetrado de dolor, derramó copiosas lágrimas, y estrechándola despues en sus brazos: „¿pues que, hija mia querida (la dijo) no te merece ninguna atencion un padre desgraciado que te ha amado siempre tan tiernamente? ¡Ah! déjame morir, que no tendrás que esperar mucho, y entonces harás todo lo que te agrade.” No le permitió hablar mas la violencia del dolor; y aunque estaba bien preparada madama de Chantal, fue el asalto mucho mas violento que lo que ella se habia figurado. Se enterneció en estremo; pero permaneció firme en su designio. Sin embargo, para no acabar de oprimir á un padre tan amado y tan respetable, le dijo que no llevaria á efecto un pensamiento sin obtener antes su beneplácito.

Le consiguió por último despues de muchas dilaciones, por medio de una conversacion que tuvieron el presidente, su padre, el arzobispo de Bourges, su

hermano, y su santo director el obispo de Ginebra, en cuya rectitud y talento tenia toda la familia la mayor confianza. Convencido el presidente de que no podia continuar oponiéndose sin resistir al mismo Dios: „Conozco, dijo (lanzando un profundo suspiro) que es necesario hacer este cruel sacrificio: él me costará la vida; pero quién soy yo, Dios mio, para oponerme á vuestra voluntad?”

A pesar de unas disposiciones tan cristianas, cuando llegó el momento de la separacion, fue el nuevo asalto mas terrible que todos los anteriores. El primer objeto que se ofreció á madama Chantal al entrar en casa de su padre, fue su hijo único, de edad de catorce á quince años, hermoso y muy amable por las virtudes que ya iba manifestando. Acudió á arrojarle á su cuello, todo bañado en lágrimas, la tuvo abrazada un gran rato, y dijo en aquel estado todo cuanto era capaz de inspirar la sangre y una índole excelente. Recibió la madre sus caricias con la ternura que la era natural; se esforzó á consolarle, enjugó sus lágrimas, pudiendo apenas contener las suyas propias, y aunque poseida de dolor, tuvo fuerzas para pasar adelante, é ir á despedirse de su padre. Hizo el hijo los mayores esfuerzos para detenerla, y no pudiendo conseguirlo, se tendió á la larga en el umbral de la puerta por donde habia de pasar. „Ya que me es imposible deteneros (la dijo), pasareis á lo menos por encima del cuerpo de vuestro hijo único, antes de abandonarle.” Este golpe inesperado la tuvo suspensa algunos momentos, y aunque hasta

entonces habia contenido las lágrimas, no pudo menos de llorar copiosamente; pero venciendo la gracia á la naturaleza, fue á echarse á los pies de su padre, le pidió la bendicion, y volvió á recomendarle un hijo tan digno de ser amado. Aunque estaba ya preparado el anciano, sintió tal pesadumbre al recibir á su hija, que le faltó poco para espirar de repente. Sin embargo, adorando con entera sumision los consejos del Eterno, la abrazó, y levantando hácia el cielo los ojos, inundados en lágrimas: „¡O Dios mio (esclamó) y qué sacrificio me pedís! Pero pues lo quereis así, yo os ofrezco esta amada víctima. Recibid á la hija, y sed el consuelo del padre.“ La levantó y la dió el último abrazo; pero no tuvo fuerza para dar un paso con ella.

Al separarse de él, encontró un acompañamiento numeroso que la estaba esperando, y ofreció á su constancia un combate que renovaba todos los demás. Parientes, amigos, criados, todos se pusieron al rededor de ella, derramando un torrente de lágrimas, y repitiéndola con el mayor esfuerzo cuanto la habian dicho su padre y su hijo para disuadirla de su intento. Lloraba ella tambien, y no acababa de reponerse de la viva conmocion que habia experimentado: lo que la causó mucha afliccion, temiendo que se atribuyesen sus lágrimas á alguna especie de arrepentimiento; y procurando mostrar un semblante sereno, „es necesario (dijo) perdonarme mi flaqueza, pues me separo de un padre y de un hijo; pero ellos y yo hallaremos á Dios en todas partes.“ Sin mas tardanza

salió de la casa paterna, y marchó á Annecy, donde debia consumir su sacrificio. La esperaban ya en aquella ciudad, y los habitantes mas principales, presididos de su santo obispo, salieron á recibirla á dos leguas de distancia.

En fin, el dia de la Santísima Trinidad, que cayó á 6 de Junio del año 1610, dió principio esta heroína cristiana, con las señoras Faure y Brechar que se habian reunido á ella, al establecimiento del piadoso instituto de la Visitacion, bajo la direccion y gobierno de San Francisco de Sales. ¡Débiles principios para un órden que floreció con tanta rapidéz; pero por lo mismo se vió con mas claridad que anduvo allí la mano de Dios. Tampoco pretendió jamás el santo fundador que fuese obra de la sabiduría humana; antes bien habia hecho que la santa viuda, la cual tenia bienes considerables, se desprendiese de ellos á favor de sus hijos, sin exceptuar la viudedad que disfrutaba, no aprobando aquellos establecimientos piadosos que se hacen á espensas de las familias, y que muchas veces sirven de escándalo mas bien que de edificacion. El suceso justificó esta conducta, y mostró Dios que cuida de los que se abandonan á su providencia, y que aun en esta vida sabe darles ciento por uno.

27. Despues de haber colocado el Santo á sus tres hijas en una casa, donde se habia hecho á toda prisa una capilla, con las oficinas regulares, esenciales á una comunidad, las dió unas reglas llenas de toda su afabilidad, y al mismo tiempo de la mas alta sabiduría.

Como era necesario admitir á las personas enfermas y de complexion delicada, las obligó á pocas penitencias corporales; pero cercenando al espíritu lo que concedia al cuerpo, las prescribió un método de vida tan interior y tan desprendido de los sentidos, una disciplina tan exacta, tan sostenida y tan uniforme, que acaso no son tan penosas y tan saludables todas las prácticas de las religiones mas austéras. Estando entonces resuelto á que saliesen á visitar á los enfermos, no las obligó á la clausura sino durante el año del noviciado. Tampoco varió la forma del traje que usaban en el siglo, contentándose con mandar que fuese negro, y que se observasen en él las reglas de la mas severa modestia. No tardaron en tener un gran número de compañeras, atraídas de su extraordinaria regularidad, de la afabilidad de sus modales, de su sencillez evangélica, y de la union recíproca que reinaba entre ellas. La madre Chantal, á quien habia establecido el Santo por superiora, recibió diez novicias el primer año; y poco despues se aumentó su número en tales términos que fue necesario mudar de casa, porque no cabian en la primera.

Todas las ciudades se ofrecian á edificarlas conventos, y pedian á porfía unas religiosas que no podian menos de atraer las bendiciones de Dios á los lugares en que habitasen. Se hicieron tales diligencias con este objeto, que temió el santo fundador arruinar el cuerpo de la órden, dejando que tomase un acrecentamiento tan rápido, y agotar la fuente, como él se esplicaba, si se dividia en tantos arroyos antes

de estar bien surtida (1). Sin embargo, no pudo negarse á las instancias del cardenal de Marquemont, arzobispo de Leon, prelado de un mérito distinguido, é intimo amigo suyo. La madre Faure fue la primera superiora, y la principal columna de aquel convento importante, donde adquirió su perfeccion el nuevo instituto, y tomó la forma que ha conservado despues. Hasta entonces no era en rigor una órden religiosa, sino una simple congregacion. Se hacian votos, pero votos simples: el traje era modesto, pero secular; no se salia sino para egercer la caridad; pero al fin no se guardaba clausura: de suerte, que el espíritu de religion que animaba á la madre Chantal y á sus discípulas, era casi lo único que las distinguia de las mugeres del mundo. Temió el cardenal de Marquemont que despues que muriesen aquellas reglas vivas, llegase á introducirse la relajacion y el desórden, si no se cuidaba de oponer el dique de la clausura, y si no se fijaba la inestabilidad del espíritu humano por medio de los votos solemnes. Escribió sobre este punto al obispo de Ginebra, fue á buscarle á Ancecy para conferenciar con él, y logró que conviniese en erigir en órden religioso el nuevo establecimiento.

Desde luego eligió el santo prelado la regla de San Agustin, como la mas conveniente á un órden en que queria que las enfermedades no fuesen un título de exclusion (2). Para formar despues las constituciones,

(1) *Maupas*, 2. part. (2) *Agust. de Sal* l. 8.